

## AZCONAR

Roberto Iglesias

Es como si, desde la emoción constante, al espectador se le quedara el corazón apétalo y apezonado con síntoma de destilar el líquido de lustros o décadas en la misma butaca. Porque *El Verdugo* teatral ya no es una obra para boquiabiertos ciudadanos mínimamente libres, producto de una restricción infame, sino una sesión en la que nadie asistió al teatro para aplaudir forzada e incondicionalmente como en tiempos olvidables. Se había creado en la sala, debido al talento literario de Bernardo Sánchez, el azconamiento o azconeo, que no es otra cosa que la acción y efecto de azconar.(1) El teatro Bretón se convirtió durante tres días en un azconadero y el público acabó más azconado que los actores y el autor de la adaptación.

Y, como en los finales de verdad, vino la sorpresa. La telefonía inalámbrica propició unos segundos de silencio expectante en el teatro Bretón, pues el literato apareció en el escenario y, después de saludar al público en medio de los actores, sacó un móvil a la vista y marcó el teléfono de Rafael Azcona en Madrid.

-Rafael, ¿estás ahí? Escucha cómo te aplaude el público de Logroño en el Bretón.

Y sonó una ovación cerrada, Bernardo Sánchez móvil en alto y el público en pie, hasta que cayó el telón. Lo cual suponía completar el homenaje al autor logroñés del guión de *El Verdugo*, aquella película de José Isbert-decía la gente- que dirigió Luis García Berlanga en 1963 y, aun siendo un alegato contra la pena de muerte (y en esos años todavía existía en España condena a garrote vil), la vieron, no sin Nodo, hasta en el último pueblo de la península e islas adyacentes con cine. Los censores no se enteraban de la alegoría, no sabían nada de metonimias. El amortiguador humorístico estaba tan bien colocado, que podía pasar azconianamente hasta la miseria y la muerte en un avasallado país de clérigos y militares. Un homenaje, por lo que tiene de veneración y respeto al azconianismo, al que asistieron el día del estreno en Logroño (fecha histórica del viernes 16.02.2001), además de otros buenos aficionados al teatro, los representantes riojanos de la cultura más las autoridades en un binomio que se exhibe con escasez. Es verdad que cuando digo cultura me refiero a la auténtica cultura que intenta sobrevivir en esta tierra bernardiana y que cuando escribo autoridades me refiero a que ocupaban su butaca en las primeras filas con sus respectivas esposas aplaudiendo como todos el presi-

dente de la Comunidad Autónoma de La Rioja D. Pedro Sanz, el alcalde de la capital D. Julio Revuelta, el consejero de Educación, Cultura y Deportes D. Luis Alegre y, en representación del Estado, el delegado del Gobierno D. Tomás López, entre otras jerárquicamente menos llamativas pero

que también, aunque sólo fuera por curiosidad, estuvieron en el patio de butacas del Bretón. Eso por no caer en el tópico de repetir aquello de que el Gobierno riojano en pleno asistió al estreno, etc., en un teatro lleno hasta los topes y sin entradas desde hacía un mes.

Bernardo Sánchez ha sabido mantener la azconeidad en su adaptación teatral y ello significa mimar la esencia de la obra por la cual *El Verdugo* de Azcona no puede ser otra cosa que de Azcona, es decir, que la azconeidad es la cualidad que a una obra la hace azconiana sin poder ser otra cosa, pues sin esa cualidad perdería tal esencia, haga y firme la adaptación teatral Bernardo Sánchez o Francisco Umbral.

Por tanto, bajo esta manera de afección de la adaptación bernardina por encima de otra circunstancia, se relacionan conceptualmente la obra y su intención. Persiste, pues, un concepto anterior, como es la disyunción entre las visiones objetiva y subjetiva o más bien entre el mérito objetivo y el subjetivo de

la adaptación teatral del guión cinematográfico, pero es probable (no se lo he preguntado a Bernardo Sánchez) que sea más bien la extrapolación del guión de la totalidad de la adaptación.

Sin embargo, ha significado mucho más el estreno logroñés de la obra de Bernardo Sánchez. Hace más de cuarenta años que Rafael Azcona no reside en su ciudad de nacimiento., *esta ciudad clavada con piedra y con asfalto* del verso azconiano de antes del exilio voluntario y Bernardo Sánchez no se quiere marchar. Rafael Azcona escuchó por primera vez en cuarenta años los aplausos de sus paisanos, algunos de las manos de su generación, y a Bernardo Sánchez lo han aplaudido y lo aplauden en Madrid. ¿Será esto un azconismo?

El logroñés Bernardo Sánchez se ha aparecido como el verbo traspunte del logroñés Rafael Azcona, aunque los que suelen leer no se les habrá escapado una cierta sonrisa burlesca barnizada de ternura recordando al bernardiano *Mi abuelo, el del Astrín*, por ejemplo, más que nada por ir de paseo con aquel repelente niño Vicente, que ahora ya será un anciano pero sigue descojonándose en metáfora de tanto iluso como le rodea cuando sale de casa. Otro azconismo que pasaba inadvertido.



Rafael Azcona. Madrid, julio de 1995.

Jesús Rocandio.